

## INTRODUCCIÓN

---

*Quien soy  
que voy de nuevo entre las calles,, entre orichas,  
entre el calor oscuro y corpulento,  
entre los colegiales que declaman Martí,  
entre los automóviles, entre los nichos, entre mamparas,  
entre la Plaza del pueblo, entre los negros, entre **guardacantones**,  
entre los parques, entre la ciudad vieja, entre el viejo viejo Cerro,  
entre mi catedral, entre mi puerto  
aquí vuelvo a decir: amor, ciudad atribuida.*

(Nancy Morrejón. Amor, ciudad atribuida, en. *Twentieth-century Latin American poetry: a bilingual anthology*, Texas, 2003, p. 363).





Con este trabajo se pretende rescatar del olvido una serie de guardacantones o también llamados guardaesquinas, que en la actualidad no están protegidos por normativa legal alguna, por lo que su existencia sólo depende de la buena voluntad del constructor de turno.

Vamos a catalogar, y tratar de identificar los 317 guardacantones: 114 cañones, 151 esquinales de fundición, y 52 de otro tipo, que actualmente se conservan en el Cádiz intramuros o “casco histórico”. Para ello se han diseñado unas fichas y una base de datos que recogen sus características, situación, estado de conservación, etc. además de su fotografía. El resultado ha sido la elaboración de un catálogo con 321 fichas (317 guardacantones, más los cuatro cañones del Centro Cultural Reina Sofía), que se incluye como Catálogo Vol.II. Estos guardacantones existen al menos desde el siglo XVII y se colocaron en las esquinas hasta la primera mitad del siglo XX. Al mismo tiempo, y como oportuno pretexto, se quiere analizar la importancia que tuvieron para Cádiz, y para el resto del país, las fortificaciones de la plaza durante los siglos XVII y XVIII, así como la incipiente industrialización de la ciudad con el establecimiento de algunos talleres de fundición en la segunda mitad del XIX. Todo ello nos debe llevar a considerar los elementos de este patrimonio como testigos mudos del pasado teniendo la obligación moral y legal de conservarlos y protegerlos, en aras de un legado a las generaciones venideras.

Hasta la fecha no se ha realizado ninguna investigación exhaustiva e integral de los guardacantones. Lo que ahora se aporta, y que permitirá conocer con detalle este rico e interesante patrimonio, es la aplicación de los procesos y técnicas de la arqueología industrial, y una catalogación de todos y cada uno de ellos.

Empecemos por definir la palabra “Guardacantón” como la recoge el diccionario de la lengua española: “*poste de **pie**dra colocado en las esquinas para evitar el roce de los carruajes*”. Esta necesidad de proteger las esquinas de las casas, de los deterioros producidos por los carruajes, se pone de manifiesto no solo en la entrada y salida de los recintos donde se guardaban dichos vehículos, sino en todas las esquinas del Cádiz intramuros, debido al propio entramado urbano con calles estrechas. Un trazado relativamente ortogonal, en una península casi plana, invita a que por sus calles, al menos desde el Siglo XVII, sean transitadas por numerosos carruajes y calesas. Sin embargo, ésta facilidad de circulación pasaba a ser una dificultad a la hora de girar en las esquinas, por la ausencia de chaflán o curvatura. Por este motivo, el roce de los bujes de las ruedas y otras partes de los vehículos, hacían mella en las fachadas de los edificios. No es hasta 1882, cuando el Cabildo Municipal dicte una norma donde se expone que “*toda finca que haya que construirse de nueva planta, reedificarse o realizarse la esquina, se dará a esta la forma de un círculo trazado, con seis pies de radio cuando menos*”<sup>1</sup>.

También podemos leer lo que se decía en “Tratado de Matemáticas, Arquitectura Civil”, obra escrita en 1783:

---

<sup>1</sup> Cabildo de 28 de junio de 1862, punto 13 aprobado por el Sr. Gobernador en 11 de julio del mismo año. Ordenanzas Municipales de la Ciudad de Cádiz reimpresas en 1866, Imp. de la Revista Médica, 1966, Cádiz. Recogido en Pérez Mulet *Los Guardacantones de fundición en Cádiz* (1981), p. 122.

*“Guardacantón, que se planta á intervalos a lo largo de una fachada en la calle, y particularmente en las esquinas á fin de que no la perjudiquen las ruedas de los coches. Estos guardacantones se plantan después de acabada la pared sobre un macizo de sillarejo de unos dos pies de grueso, y son una piedra sola asentada a contra-hoja, que no está enlazada con la pared,”<sup>2</sup>*

Y continúa el Tratado explicando por qué se debe colocar el guardacantón separado de la estructura de la pared:

*“pues siendo el oficio de guardacantón resguardar el muro de los encuentros con los carruajes, es esencial que no forme con él un mismo cuerpo, porque 1º quando el guardacantones parte del muro, lejos de huir este de los encuentros, los va a buscar; 2º siendo el guardacantón un sillar postizo o estraño al muro, con el hueco que queda entre este y aquel, se pierde el impulso del encuentro; 3º si con el discurso del tiempo fuese necesario mudar el guardacantón, será mas fácil y menos costoso este reparo.”<sup>3</sup>*

Estos elementos de protección, fabricados en piedra, no son exclusivos de Cádiz y existen en casi todas las poblaciones, pudiéndolos contemplar, por ejemplo, en Córdoba o Écija. Lo que hace diferente a los guardacantones gaditanos son sus características. Por un lado la utilización de piezas de artillería en desuso y por otro la fabricación expofeso de placas de hierro fundido adaptadas a la esquina que las soporta. Similares guarda esquinas solo se han localizado en algunas ciudades de Latinoamérica. En Lima (Perú) existen varios cañones en esquinas, aunque en este caso presentan la peculiaridad, respecto a los de Cádiz, de estar colocados con la boca de fuego hacia abajo, dejando al descubierto la faja alta y la culata También, en La Habana existen guardacantones de fundición adosados a jambas de algunas salidas de carruajes.

No hay más que dar un paseo por la ciudad para ver que el estado de deterioro de muchos de estos guardacantones es síntoma del abandono en que se encuentran. Muchas esquinas aparecen vacías, con signos evidentes de haberse arrancado el elemento que las protegía. En otras, las menos, se observa un interés por su conservación, aunque ello sea a costa de innumerables capas de pintura, como se detalla en el apartado “Tipología de los cañones”.

En el capítulo de agradecimientos, en primer lugar quiero dar las gracias al profesor D. Luis de Mora Figueroa por haberme inculcado las primeras nociones sobre conceptos tales como *balística*, *poliorcética*, o *avancarga*, que luego me han servido en mi investigación. Asimismo me facilitó abundante bibliografía sobre artillería y fortificaciones. En mis investigaciones “de campo” tuve la inestimable colaboración de D. Jesús Colón Pérez, Capitán de Fragata y Ayudante Mayor del Arsenal de la Carraca, y la de D. José María Molina Martínez, director del Museo “El Dique, (Navantia Puerto Real), quienes me dieron toda clase de facilidades para el estudio de los cañones depositados en la Carraca y Matagorda, respectivamente. También quiero agradecer a D. Francisco José González, director de la Biblioteca del Real Observatorio de la Armada, en San Fernando, por las facilidades que me concedió a la hora de bucear en los fondos de su extenso catálogo. A D. Alberto Ramos Santana por su apoyo desde su columna de opinión

---

<sup>2</sup> Benito Bails. *Elementos de Matemáticas, Tomo IX Parte I. Que trata de la Arquitectura Civil*. Madrid, 1783. (<http://books.google.es/books?id=h9j9Iszc0-kC&pg.>) 2009. p. 237.

<sup>3</sup> *Ibidem*, p.237.

“Calle Ancha”, en el Diario de Cádiz sobre el tema de los guardacantones. Especial mención quiero hacer a la Arqueóloga de la Delegación Provincial de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, en Cadiz, D<sup>a</sup> Ana Maria Troya por su paciencia y apoyo a cuantas peticiones le hice para poder estudiar los últimos hallazgos arqueológicos de cañones. A la profesora D<sup>a</sup> María Ángeles Moreno por su colaboración durante los primeros estudios de campo. Especial agradecimiento a mi tutora del Master “Patrimonio Histórico y Arqueológico” D<sup>a</sup> María Lazarich González, por su constante aporte de ánimos para llevar a buen fin este trabajo, así como su entusiasta colaboración y asesoramiento en la estructuración del mismo. Por último, y más importante, a mi esposa Elena, quien me ayudó en las traducciones de francés y en el duro trabajo “callejero” de croquizar, medir y fotografiar los más de 300 guardacantones catalogados, y a la que he robado muchísimas horas de compañía hasta la terminación de esta investigación.